

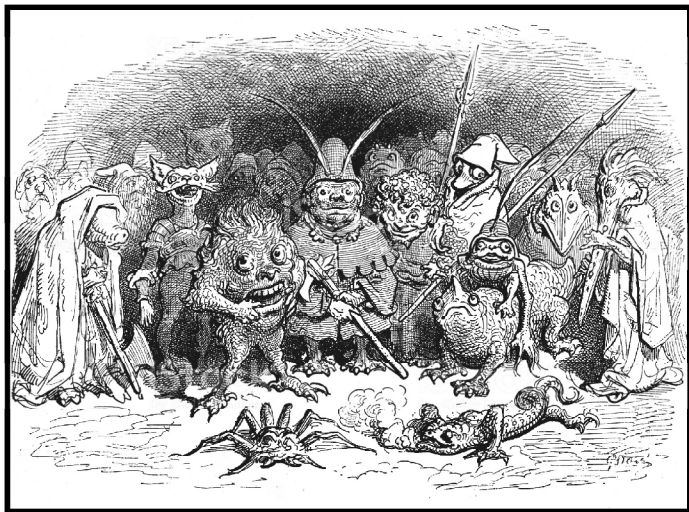
P A P E N F U S S

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS



VALENCIA

NÚM. 32



Puedes colaborar enviando relatos de hasta 1.000 palabras o poemas

de hasta 20 versos a revistapapenfuss@gmail.com

Búscanos en Facebook, Twitter, o visita nuestra web:

www.papenfusslarevista.wordpress.com



Alfredo
Álamo



Juan
Cuquejo



Patricia
Collazo



Maya
Mukti



Mare
Moreno



Ángeles
Mora



Gianfranco
Martana



Santiago
Eximeno



Andrea
Cernuda



M. Ángel
Molina



Pablo
Ortiga



Álvaro
Abad



TOMAOS UNOS MINUTOS Y ESCANEAD LOS CÓDIGOS QR DE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS COLABORADORAS Y DISFRUTAD DE SU TALENTO. SIN SU AYUDA, PAPERFUSS NO SERÍA POSIBLE.

REGALO DE CUMPEAÑOS

Alfredo Álamo

—¿Cuántos muertos llevan
— hoy?

Mamá parece asustada. Lleva así más de dos meses. Papá mira algo en su teléfono y luego lo tira sobre el sofá.

—Otros quinientos.

—Joder. ¿Cuándo nos van a dejar salir?

—A este ritmo, no lo sé.

Papá parece preocupado. Llevamos en casa encerrados desde que la gente empezó a ponerse mala. Mamá me dijo que había un bichito que se te metía dentro de la garganta y te ahogaba desde dentro, y que por eso no podíamos salir de casa. Esa noche no pude dormir. Tuve sueños malos. Mamá se sienta, con las manos sobre la cara.

—¿Qué se supone que vamos a hacer?

—Hay que esperar. No queda otra.

Papá mira por la ventana, apartando las cortinas. La luz del día se cuele en el salón, que parece estar siempre a oscuras. Fuera, la calle está en silencio. Al otro lado está la casa de Jaime. Solíamos salir a jugar al jardín, pero su familia también está encerrada. Todas las casas de la urbanización están así. Nadie se atreve a salir. Dice la televisión que llevamos un millón de muertos. La policía pasa de vez en cuando con los megáfonos a todo volumen; dicen que



nos quedemos en casa. Me acerco al balcón, detrás de papá, pero se gira de golpe y pone cara de susto. Miro fuera, pero no veo nada. De repente, mamá se echa a llorar. Lleva así unos días. Es normal que esté triste, desde



que no puedo salir a jugar a la calle a mí también me pasa. Tengo los Lego, pero no es lo mismo que correr con Jaime por el pequeño bosquecillo que crece detrás de las casas. Además, cada mañana papá desmonta lo que construyo y guarda todas las piezas en el baúl de los juguetes. Después de cenar, mamá abre una

botella de cristal y se pone una copa, sentada de espaldas al balcón. Ahora lo hace todas las noches. Papá la mira con un aire de reproche, pero no dice nada porque ha vuelto a fumar. Mamá cierra los ojos y suspira.

—¿Vas a intentarlo esta noche?

—No lo sé. Ayer casi me pillan y no di ni cuatro pasos fuera de casa. ¿Es que esa gente no duerme?

—La alarma de movimiento. Viva en una comunidad tranquila y segura. Oasis de paz.

—Es que aunque desconecte la nuestra, en cuanto salgo del patio no hay manera de evitar la de Mamen y Antonio. Se encienden las luces de toda la calle, joder. Antonio salió en bata al balcón con una cara de cabreo de la hostia.

—¿Qué le dijiste?

—Que había salido a fumar y no quería que me echaras la bronca.

Creo que hasta lo encontró divertido y todo, el hijo de puta.

—Siempre se han creído mejor que nosotros. Descubrirte fumando a escondidas le debe poner a cien. Seguro que luego le dio un buen meneo a Mamen.

—Mira, prefiero no imaginármelo.

—Seguro que no.

Mamá se pone rara cuando bebe. Es cruel. Papá abre el balcón y echa el humo fuera. No quiere que el olor se pegue a las cortinas. O eso dice. Creo que lo que quiere es no hablar con mamá cuando está así. Pero ella sigue.

—Siempre nos queda el jardín.

Papá lanza el cigarrillo a medio consumir por la ventana.

—No. Es demasiado arriesgado. Además, no sé cómo voy a hacerlo. ¿Con las manos? Porque lo único que tenemos es un kit de jardinería del IKEA.

Mamá pega un trago largo de su copa y no contesta. Es tarde y no me gusta verlos cuando se ponen así. Me voy a mi cuarto y busco el baúl de los juguetes. Papá le ha puesto un candado, pero parece que se le ha olvidado cerrarlo bien, porque lo quito sin problemas. Saco las piezas de Lego y las apilo. Hago un Tiranosaurio. Bueno, más o menos. Me gustan los dinosaurios. Tengo dos libros enteros sobre ellos. Al final me entra sueño. Los papás se han callado. Es hora de dormir.

—¿Cuántos muertos llevan hoy?

Papá apaga la televisión.

—Quinientos veinte.



—Joder.

No sé cuántos días llevamos así. Pero mi cumple es en julio y espero que podamos dar una fiesta en el jardín. Quiero salir y jugar con Jaime y Marta y Toni y Laura. Iremos a la piscina. Jugaremos a fútbol en el polideportivo. El ordenador de papá suena como un teléfono y cuando se



levanta para ver qué pasa, tuerce el gesto y se aclara la garganta. Le da a una tecla y sonrío.

—Antonio, dime. Perdona, pero no tengo mucho tiempo, me toca una reunión del curro un minuto.

—Nada, no te preocupes. Es que no me habéis mandado los deberes de Joan de esta semana. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Todo bien. ¿No te ha llegado el correo? Te lo paso en cuanto termine de trabajar. ¿De acuerdo?

—Vale, no te preocupes. Es que tengo que ir cerrando las evaluaciones.

—Claro. Sin problemas.

Es Antonio, mi profe. Bueno, apenas, porque nos mandaron a casa a principio de curso. También echo de menos el cole. Jaime y yo vamos a la misma clase y salimos al patio todos los días para jugar a futbito mientras nos comemos el bocata. Todos los niños de la urbanización vamos al mismo colegio. Nos montamos en el autobús por la mañana y nos devuelve por la tarde. Desde que estoy en casa hago los deberes yo solito. Tengo que hacerlos en el ordenador de papá cuando deja de trabajar. Tenemos un juego nuevo, le

cambia la contraseña todos los días y yo tengo que adivinarla. Todavía no me ha ganado.

Papá revisa el ordenador y cierra los ojos un momento. Al final, selecciona mis deberes y se los manda a Antonio. Espero que estén bien. Quiero pasar de curso con buenas notas e ir al instituto con los chicos mayores. Una vez me preguntaron qué quería ser de mayor y yo dije que quería seguir siendo niño. Pero ahora creo que me gustaría ser médico, como los que cuidan de la gente y evitan que el bicho ese se nos meta en la garganta.

Mamá aparece con una copa de vino en la mano.

—¿Qué haces?

—Nada. Cosas del curro.

Papá cierra de golpe el portátil y se va a la cocina. Mamá abre el ordenador y pone mala cara. Creo que no es tan buena como yo en el juego de

adivinar contraseñas. En cualquier caso, me toca baño. Dicen que es de niño pequeño, pero todavía me gusta jugar con un patito de goma con forma de Batman que me regaló el tío Andrés. A mamá no le gusta que



me lo deje en la bañera, porque cuando lo encuentra se pone muy nerviosa. La última vez que lo hice, lo tiró por la ventana, pero yo bajé al jardín y lo volví a coger. Me gusta ver cómo flota cuando hago mucha espuma en el agua. Ahora, cuando termino, lo escondo cada vez en un sitio diferente y espero a que mamá lo encuentre.

La policía vuelve a pasar. Dan dos vueltas al día. Papá dice que es por-

que en la urbanización vive un concejel. Al principio le parecía bien, pero ahora mira cómo pasa el coche con las lueces azules y dice palabrotas. Mamá está mirando el móvil. Se pasa el día así. Papá saca un cigarro. Le da igual fumar dentro de casa.

—¿Has mirado lo de la compra online?

—Los supermercados no llegan aquí y Amazon hace tres semanas que no da plazos de entrega. Se ve que han cerrado el almacén principal y no tienen repartidores. Nadie quiere salir.

—Puedo ir al super del pueblo y comprar la lejía.

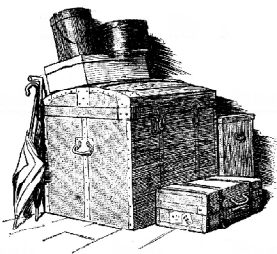
—No digas tonterías. Necesitaríamos por lo menos cien litros. Llamaría la atención.

—Puedo hacerlo poco a poco. En un par de meses tendríamos suficiente.

—¿Un par de meses? Me estoy volviendo loca, Toni. ¿Me entiendes? Loca.

—¿Y crees que a mí no me pasa nada?

Van a discutir otra vez, así que me voy del comedor y subo a la buhardilla. Mamá no quiere que suba allí porque es donde guarda sus cosas, pero a mí me gusta tumbarme en una manta que está bajo la ventana redonda y leer. Allí están las maletas de viaje y las cosas viejas que no quieren tirar todavía. Está el traje



bueno de papá, que ya no le cabe, y el vestido de novia de mamá. Una vez lo saqué para verlo entero y cuando mamá me pilló me dio una bofetada que me dejó la cara roja y sangré por la nariz. Estuve

encerrado en el sótano un buen rato. Papá me dijo que era una mala semilla. A veces pienso que alguien nos ha castigado a todos de la misma manera por hacer cosas malas. Saco uno de mis libros de dinosaurios y me pongo a leer. Está todo en silencio, así que enchufo la vieja cadena de música de papá y pongo una cinta. No sé



qué es, pero a papá le gusta, es de Brasil. Suena triste. Al rato, sube papá y apaga la cadena. Por lo menos no me ha reñido por subir aquí. Sigo leyendo hasta la hora de cenar. Espero que al bajar ya no estén enfadados.

—¿Cuántos?

—Seiscientos y pico.

Mamá se calla.

—Dicen que van a empezar con restricciones de agua y luz. Que no hay gente suficiente para el mantenimiento de infraestructuras.

—Pues entonces ya da igual. Deberíamos irnos de aquí de una vez.

—Hay toque de queda. El ejército patrulla con la policía.

—¿Y para qué? Al final vamos a morirnos igual. ¿Cómo estamos de comida?

—Bien. Tenemos de todo. Lo único que me preocupa es si cortan el agua. Habría que ir pensando en llenar la bañera.

—Lo que sea. Encárgate tú.

Papá se deja caer en el sofá.

—Luego. Tengo que trabajar.

—¿Trabajar? ¿Todavía te hacen conectar? Pero si vendéis neumáticos, por el amor de Dios.

—La tienda online tiene fallos que hay que depurar. Para cuando llegue la nueva normalidad.

—La nueva subnormalidad. No me jodas.

—Por lo menos me distraigo. Deberías probar a hacer algo.

Mamá levanta una copa de vino tinto como si brindara con ella.

—Ya lo hago.

Mañana es mi cumpleaños. Pero no me han comprado una tarta. Lo sé porque papá no ha salido con el coche desde hace una semana. He mirado en la nevera pero no he visto nada. En el congelador no hay ni un helado. Mamá no tiene nada con lo que cocinar una tarta de galletas. Es la única que sabe hacer y me gusta mucho. Pero está sentada todo el día y a veces ni siquiera se levanta de la cama hasta que es muy tarde. Entonces pongo la tele y le doy voz hasta que baja

a apagarla. Se enfada, lo sé, pero no dice nada. Solo la apaga y me deja allí sentado.

Salgo al jardín y me pongo debajo del limonero. Está a la sombra y huele bien. Hace mucho sol y no me gusta. Al otro lado escucho a Jaime jugar con su hermana pequeña. Ni siquiera podemos vernos porque los setos son muy altos y están cerrados con una valla de metal. Me aburro. Cojo la



manguera y riego un poco. Luego, abro a chorro y tiro agua por todas partes. Cuando sale papá, me escurro entre sus piernas y

corro por la casa hasta esconderme en la buhardilla. Espero un buen rato, pero no sube a buscarme. Creo que está enfadado conmigo. Cansado. Bajo las escaleras con cuidado y miro cómo habla con mamá.



—Han llegado las notas de Joan.

—Me da lo mismo.

—Mañana es su cumpleaños.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Dar una fiesta? ¿Comprarle un regalo?

—Algo habría que hacer.

Los papás se han ido a dormir tarde. Salgo de mi cuarto y bajo hasta el comedor. Abro los cajones de los muebles y saco lo que hay dentro.

Seguro que me han comprado algo. Les hice una lista y la pegué en la nevera. Voy a la cocina. La lista no está. Han quitado mis dibujos. Sí que se han enfadado. Abro también los armarios y rebusco. ¿Dónde está mi regalo? ¡Es mi cumpleaños! No veo nada. Así que abro el cajón de los platos y comienzo a lanzarlos al suelo. Me gusta el sonido de los platos al estallar. Sigo con los vasos. Uno. Dos. Tres. Papá enciende las luces de la cocina. Mamá baja tras él, dando trompicones. Les cuesta mantener el equilibrio. Hay botellas de vino vacías en el cajón del reciclaje. De repente, hay un chispazo y las luces se apagan. Papá trata de volver a encenderlas, pero no puede. Mamá se asoma por la ventana y habla con voz pastosa, como si le pasara algo en la boca.

—Se ha ido en toda la urba. Joder. Se ha ido la luz.

—Eso quiere decir que la alarma no funciona.

Intercambian una mirada rara en la oscuridad. Papá abre un cajón de la cocina y saca una linterna, con la que ilumina la puerta del sótano. Es la única habitación de la casa que no me gusta, está oscura, es fría y tiene arañas gordas. Mamá abre y papá baja corriendo. Voy con ellos. Allí abajo es donde está la caldera, las bicis, las cadenas y el arcón congelador. ¡Eso es! Mi regalo está ahí dentro. Una tarta enorme. Estoy seguro. Papá le pasa la linterna a mamá y trastea con una llave para abrir el candado que cierra la tapa. Está nervioso, y al final pega un estirón y lo abre. Mete las manos y saca un paquete de tela cubierta de hielo rojo. Parece la alfombra de mi cuarto. Es un paquete bien grande. Mi regalo especial. Los papás suben corriendo la escalera y luego escu-

cho cómo se abre la puerta de delante. Salgo al jardín mientras papá sale de puntillas a la calle. Avanza un poco hasta que empieza a andar más deprisa. Sale de la urba y se mete en el bosquecillo donde jugaba con Jaime. Tira el fardo a un lado y saca una pala tan pequeña que parece de juguete. Se pone a escarbar con ella en la tierra hasta hacer un agujero no muy profundo.



Luego mete el fardo y lo cubre con piedras y guijarros. No sé por qué está escondiendo mi regalo. Quizá salgamos mañana a buscarlo. Un juego nuevo.

Papá está sudado y lleno de barro. Lanza un vistazo al agujero y se aleja hacia casa. No sé si seguirlo. Dentro de nada se hará de día y quiero levantarme pronto para encontrar el tesoro. Pero si me quedo aquí, seguro que cuando vengan les daré una sorpresa. Además, no me apetece encerrarme otra vez. Amanece. Espero un buen rato. El bosquecillo está en calma. El viento mueve las hojas. Hace calor.

Grito.

¡Mamá!

¡Papá!

No vienen.

Nadie viene.

Estoy solo en el día de mi cumpleaños. Tengo ganas de llorar.

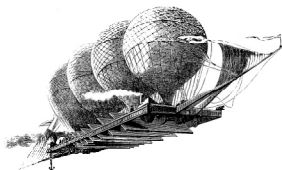
El sol se hace grande en el cielo y me desvanezco como si estuviera hecho de sombras. Lo último que escucho es el ruido del arroyo. Sonrío.

Por lo menos ya no estoy castigado.

DIARIO DE LA NAVE MARIBOR

Juan Cuquejo

CAPÍTULO SEGUNDO

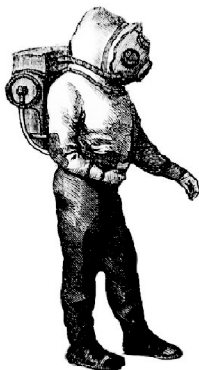


La respuesta del centro de control sobre la petición del crucero xtix me irritó. Dijeron que era ilegal permitir cualquier modificación de la carga, pero que actuara con prudencia. O sea, que decidiera yo.

Tragué saliva antes de contactar con el crucero. Los xtix se comunican cambiando el color de los ojos, algo que pueden hacer a una velocidad enorme. Por suerte, los traductores automáticos están al alcance de cualquiera. Le expliqué al capitán xtix que no podía permitirles la entrada a las bodegas de la Mari-bor. Los ojos de mi interlocutor destellaron en tonos rojizos. Recité varios artículos del derecho interplanetario, mientras el xtix se enfurecía más.

Sonaron las alarmas y tuve que desviar la vista de la pantalla principal. Aquellos tipos habían lanzado y

detonado un misil a una distancia inofensiva, aunque amenazaron con no fallar la próxima vez. Habría sido absurdo ser tan idiota como ellos y enfadarme, así que negocié.



No soporto el traje espacial. Se me pega al cuerpo y el aire huele a viejo. Sin embargo, había acordado con los xtix inspeccionar dos contenedores del compartimento 312. Tenía la esperanza de que sus escáneres de vida estuvieran confundiendo alguno de los animales

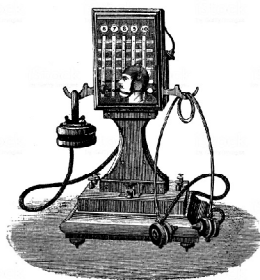
suspendidos que debía descargar en Larbik con un polizón xtix. Me habían asegurado que su delito era tan grave que si no lo detenían y castigaban, varios altos cargos de una ciudad xtix tendrían que dimitir.

No tuve suerte. En medio de decenas de galusas dormidos en cápsulas, había una cápsula mayor, que se hallaba en una de las zonas que los xtix habían delimitado. Por los datos que me transmitían, sus escáneres no podían señalar una posición exacta debido al resto de las cápsulas.

Toqué la cápsula grande y saltó un texto en mi lengua. No me extrañó, porque es bien sabido qué cultura opera la Maribor. Me sorprendió lo que decía: «antes de entregarme, hable conmigo. Se lo suplico». Y yo, que soy muy tonta, tomé la cápsula y otras dos con galusas, para despistar a los xtix, y regresé al puente.

...

Tuve que inspirar hondo varias veces antes de contactar con la nave xtix. Si lo descubrían... Le expliqué al capitán que había encontrado una cápsula fabricada en su planeta,



pero dentro no había ningún polizón, sino un galusa. El xtix se enfureció y me acusó de mentir. Dejé la capsula en la otra punta del puente y le pedí que la escaneara. Como buscaban seres vivos, si yo estaba cerca falsearía las medidas.

Me toqué el abrigo y sentí cómo temblaba el xtix que me abrazaba debajo. Era experta en tecnología

espacial: sería imposible, a la distancia la que se hallaba el crucero, que sus escáneres de vida pudieran captar que tenía al xtix bajo la chaqueta, pero me aterrorizaba pensar que iban a detectarlo.

Cuando el capitán del crucero me pidió disculpas por las molestias y cortó la comunicación, suspiré de alivio y acaricié al xtix, que seguía temblando. No me quité el abrigo para liberarlo hasta que los sensores del carguero me aseguraron que nos hallábamos fuera del radio de acción de los escáneres del crucero.

El polizón no podía traducirme su nombre. Quiso que lo llamara «Acebo». Siempre he pensado que debería dejar de leer novelas románticas. Arriesgué la vida porque Acebo huía de un matrimonio pactado, típico de los xtix. A Dalia, su amor, la habían enviado a una estación científica remota y Acebo se había ocul-

tado en la carga de la Maribor porque unos amigos de Larbik habían comprado su cápsula y lo ayudarían a reunirse con Dalia. No fui capaz de condenar a Acebo a una vida sin amor.

Durante las tres semanas que tardamos en llegar a Larbik, disfruté de la compañía de Acebo. Era muy diferente del malhumorado capitán. Me contó cosas de su pueblo, que adoraba los árboles y cuyas ciudades estaban llenas de ellos. Me hablaba de Dalia, de lo simpática y guapa que era.

Me demostraba su agradecimiento como podía. Me acostumbré a que



me llevara el desayuno a la cama, a que buscara a Valeria cuando se escondía, a que revoloteara por el puente de mando y me preguntara por el significado de lo que mostraban las pantallas. Le gustaba mi pelo y le dejaba que cada día me hiciera algo nuevo: trenzas, coletas, moños... Espantó de tal forma mi soledad que creí que no volvería a experimentarla.

El día que volví a meterlo en la cápsula, fui fuerte y no lloré delante de él. Solo me deshice en lágrimas, mientras intentaba detenerlas con un café, cuando la cápsula comunicó que Acebo había hibernado con éxito.

Lo demás fue bien. Devolví la cápsula al contenedor, regresé al puente y esperé al transbordador de Larbik. La añoranza que ya sentía por Acebo se amortiguó un poco cuando el tripulante del transborda-

dor, un larano de seis tentáculos, me hizo una petición curiosa.



En el contenedor de los víveres y suministros, que se acoplaba directamente a la zona habitable de la Maribor, había dejado una caja. Contenía algo muy especial, según un papel que tenía pegado y que añadía la prohibición de abrirlo antes de que hubieran transcurrido sesenta horas.

Fue un suplicio esperar más de dos días para abrirla.

CONTINUARÁ

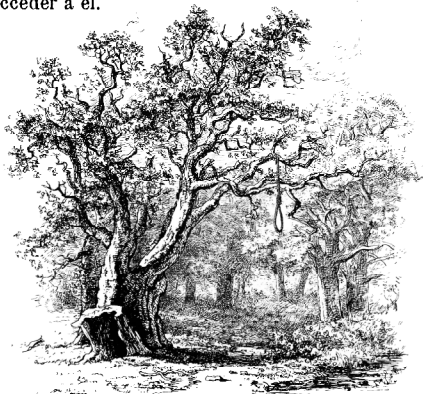
EL BOSQUE DE LOS SUICIDAS

Ganador de octubre de 2021 de Relatos en Cadena de la SER

Patricia Collazo

El bosque estaba ahí, esperando. Con sus sogas anudadas colgando de los árboles. Las había de todos los colores, enganchadas a mayor o menor altura, con diámetro talla adulto o niño. Para todo tipo de motivos: en forma de corazón para los despechados, redondas como ceros para los arruinados, cuadrículadas para los calculadores, emulando lágrimas para los depresivos crónicos.

El bosque estaba ahí, como última salida. Por eso aguantábamos despidos injustos, sueldos de mierda, amores perdidos, hijos descarriados, enfermedades, vacíos, ausencias y adicciones. Porque el bosque estaba ahí. Y en cualquier momento podíamos ponernos a la cola y pagar la entrada para acceder a él.



UNA ÚLTIMA VUELTA EN EL CARRUSEL

Maya Mukti

Le puse una simple tiritita
a la herida que me desangraba.
Creí suturarla por siempre,
maldita ilusión.
La sangre que escapa de nuevo
me infecta la vida.
Ignoro si el cuerpo lo soportará.
Hay veces que intento taparla,
hay veces que dejo que mane
y me arrastre con ella sin saber
[nadar.
Me faltan las fuerzas, me aísló
y me encierro.
Que nadie me vea, que nadie lo
sepa.
Me atenaza el miedo a las fieras,
atentas a mi rendición.
El carrusel gira
y me veo a mí misma ya muerta,
los ojos cerrados, sonriéndole a todos

[desde el caballito.

Un niño pregunta a su madre
[por qué estoy tan blanca,
cómo es que tiritó.
Y muero de nuevo.
Para tantas muertes no hay bastante
[vida.
Por dentro deseo
que llegue cuanto antes la última, la
[definitiva.
Enciendo un cigarro y le prendo
[fuego
a la rueda maldita que me hace
[vivir,
que me hace sangrar.
Me sujeto fuerte a mi caballito.
Tengo que fingir que me va de
[muerte,
aunque estoy ardiendo.
Ya no puedo más.



LA FERIA ES UN LUGAR PARA EL OLVIDO

Mare Moreno

Hay pocos lugares que gusten a adultos y niños por igual, y la feria es uno de ellos. En las ferias, los niños pueden ser niños y los adultos pueden convertirse en uno. Es la magia del algodón de azúcar, de las vueltas mecánicas, de las luces blancas, rosas y azules acaparadoras. La gente es feliz porque allí la vida es una broma agradable y consiguen

olvidarlo todo. Beben de sus refrescos con pajitas rayadas y se olvidan de absolutamente todo, de verdad. Entonces llegan los gigantes; una pareja de ancianos de cuarenta metros de altura. Él viste un traje marrón con un sombrero a juego y ella un vestido amarillo con flores blancas, el pelo peinado en ondas al estilo de los años veinte. Parecen amigables porque se cogen de la mano y sonríen mucho. Al gigante le faltan unos cuantos dientes y sus encías están ennegrecidas. La gigante, sin embargo, tiene una dentadura envidiable, aunque del

mismo color que su vestido; es evidente que lleva una prótesis dental que no se molesta en blanquear.

Las personas de tamaño corriente perciben sus pisadas energéticas en las vibraciones del suelo cuando se acercan.



Ese susurro subterráneo es suficiente para que se forme el caos. La mujer de las palomitas abandona su puesto dejando a su paso una estela con olor a caramelo. El payaso suelta sus globos de formas y les dice adiós con la mano. El encargado de la noria retira sus dedos de la palanca y huye, abandonando a sus clientes en las cabinas; estos empujan sus vientres contra la barandilla

que los retiene, algunos hasta consiguen liberarse del abrazo metálico y se atreven a descender por la estructura. A cierta distancia, parecen insectos atrapados en una telaraña.

Los gigantes bailan un poco antes de nada. Mueven sus caderas quejosas a ritmo de swing, pierna arriba y abajo, como si los gritos fueran ánimos y los sollozos los tri-

nos de un clarinete. Luego se ponen a jugar. Son viejos pero también son niños. En la feria todo el mundo lo es.



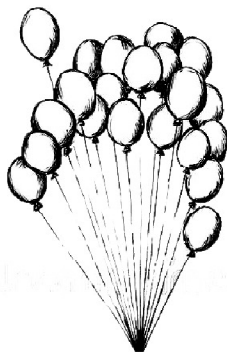
Les gusta coger los autos de choque, uno en cada mano, y alzarlos al cielo para dirigirlos por carreteras de aire muy infortunadas, porque tras el paseo acaban con el aspecto de un acordeón. También disfrutaban lanzándose la noria el uno al otro como si se tratara de un disco volador de esos con los que juegan los perros. A veces, arrancan los distinguidos animales de

madera del tiovivo, junto con la lanza de bronce que los atraviesa, y los utilizan para jugar al pillapilla con los niños. El caballo pilla a un niño pelirrojo; el león, a una niña con trenzas.

Los gigantes se ríen y se divierten. Nunca están mucho rato. Se detienen en cada atracción un par de minutos, más o menos, y después se marchan del mismo modo que llegaron: cogidos de la mano. El gigante se coloca bien el sombrero.

Solo cuando la silueta de la enorme pareja, recortada en un horizonte amarillo y rosa, comienza a difuminarse, la mujer de las palomitas vuelve con reticencia a su carrito para desechar los cucuruchos de papel inservibles. El encargado de la noria se tira de los pelos mientras observa su atracción en el suelo, dislocada, espinosa; bufa al advertir los bultos que asoman por las ca-

binas. El payaso es el último en regresar porque tiene que encontrar sus globos, que flotan en algún lugar con sus cintas temblorosas, y convencerles pacientemente de que descendan.



Aunque tardan días en arreglar las cosas, al final todo vuelve a la normalidad: el olor dulce en el aire, los colores y las luces, la música desafinada. Al final, la gente olvida. En la feria es tan fácil olvidarse de todo.

Hasta que los gigantes vuelven.

TRES MONUMENTOS

A MI AGONÍA

Ángeles Mora Álvarez

Basado en el poema "I giaour"

de Lord Byron

Siempre viví distanciado de mi familia, perdido entre caminos que me alejaban del hogar. Ahora, en mi muerte, estoy más cerca de mis seres queridos de lo que lo he estado nunca. He ahí mi maldición.

En uno de aquellos viajes de trabajo, en uno de aquellos caminos oscuros, mi cuerpo encontró la su fin. Hoy, mis huesos permanecen sepultados, enredándose entre las raíces de un viejo roble que vigila el paso de las estaciones, y mi alma ha sido exiliada del cobijo de la tierra para cumplir la condena que le ha sido impuesta.

Mi cuerpo redivivo, frío, lívido y despojado de lo que una vez me hizo humano, vaga sin remedio por el que en vida fuera mi hogar, atisbando tras los cristales en espera de



que la complicidad de la luna me permita mostrar mi verdadera naturaleza. No hay muerte más negra que la que obliga a ver la vida... y a arrancarla. Y a maldecirte... Y a que te maldigan.

Abomino el banquete que me está destinado y, sin embargo, sé que es inevitable. Es el precio que tengo que pagar por codearme con demonios y espíritus... aunque el alimen-



tarme de mi propia sangre me convierta en un espectro más detestable que todos ellos.

Mi hermana fue la primera en nutrir mi pálido cadáver andante. Sonreía en su lecho, quizá soñando con

lo que una vez compartimos en nuestra infancia o sumergida en el placer que la visita a su familia política le había proporcionado. Siempre estuvimos muy unidos, por eso mi esposa se convirtió en hermana más que cuñada y mi hija en casi una para ella. Le estaré eternamente agradecido por cuidarlas y acompañar su soledad durante mis largas jornadas de ausencia.

Por eso, mis lágrimas se precipitaron sobre su cuello antes de que mi boca lo mordiera. El color huyó de sus mejillas y el aire emergió de sus pulmones por última vez. La vida se le escapó con aquella sonrisa dormida, sin apenas darse cuenta de qué o quién la alejaba del mundo de los vivos.

La sonrisa de mi hermana fue el primer monumento a mi agonía.

Pero lejos de ser suficiente, la maldición que había animado mi

cuerpo muerto, exigía más derramamiento de sangre... de mi propia sangre. El fluido que mantenía vivos a mis seres queridos era el único alimento que mi alma corrompida toleraba, el único banquete que me estaba permitido.

El segundo monumento a mi agonía lo encontré en la mirada de mi esposa. Sus ojos me mostraron el paso que su alma acababa de dar, cómo todo el amor que albergaba pasó a postrarse a disposición del demonio, su nuevo señor.

No puedo transmitir en palabras lo que sentí. Justo cuando mis dientes se clavaron en su piel, sus párpados se abrieron para que yo pudiera ver, como en una tortura cruel, la metamorfosis que sufrió con su último aliento de vida. Me vio. Estoy seguro de que me vio antes de morir y ahora mi alma se estremece al pensar que pudiera reconocer en



aquella visión lívida al amor de su vida, al compañero con el que tanto había compartido. Me atormenta pensar que con el último parpadeo pudiera descubrir las promesas que nunca llegué a cumplir y la degradación que había sufrido mi ser mientras ella esperaba mi regreso. Su sangre me supo dulce, como siempre había sido su persona. ¡Cómo he llorado aquella despedida tan poco merecida por mi amada! Y aquí estoy, una noche más, esperando satisfacer a mi alma con el último sa-

crificio impuesto. El más temido y el más doloroso.

La veo rezar sus oraciones antes de buscar el cobijo de las mantas.



¡Cuánto le ha crecido el cabello! Recuerdo cuando, en mis regresos, era lo primero que llamaba mi atención. Iba aumentando su longitud inexorablemente, como un recuerdo sutil del correr del tiempo que no había pasado a su lado. Ahora, recoge su brillo dorado en un par de trenzas que me gritan los meses de ausencia definitiva y las caricias que han muerto en mis manos sin que ella las disfrutara.

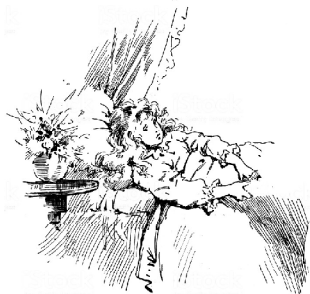
Mi niña.

Mi sangre... Mi maldición... Mi condena.

Cuando el desconocido se interpuso en el camino y me habló de eternidades, no supe entender la crudeza de sus palabras, la profundidad de su significado. Aún ahora mi entendimiento conserva confuso el momento en el que mi voluntad y mi vida pasaron a convertirse en muerte. Como si aquella figura pudiera dominar mis sentidos con su sola presencia. Mi capacidad de discernir o tomar decisiones quedó anulada o, simplemente, desapareció. No consigo encontrar otra manera de explicarlo. No la hay. Lo siguiente fue el miedo, la oscuridad de mi tumba, el olor a podredumbre, la levedad de la muerte en mis movimientos y sus palabras resonando en mi cerebro con la fuerza de una sentencia ineludible.

<< *Sobre la tierra, como vampiro*
[enviado,
tu cadáver del sepulcro será
[exiliado.
Vagarás por el que fuera tu hogar,
a media noche, la fuente de la vida
[secarás.
Tus víctimas, en el demonio a un
[señor verán.

Debes acabar tu obra ;monumento
[a tu agonía!
Luego, a tu lóbrega tumba
[caminarás.
Ve, y con demonios y espíritus
[delira. >>



eran tirabuzones alisados por mis caricias. No puedo retrasar más el instante final de mi condena y mis lágrimas se mezclan con la sangre que mana de su tierno cuello. Sangre de mi sangre.

Mi niña abre los ojos y el tercer monumento a mi agonía cae sobre mí con todo el peso de la culpa. Mi corazón se prende en llamas que lo consumen y mis huesos se estremecen allá en su fosa.

—¡Padre!

El sonido de su voz me perseguirá durante toda la eternidad.

Su respiración se tranquiliza por el sueño y mi lividez atraviesa la ventana. Está tan dormida, tan en paz... tan frágil... tan mía. Mis dedos se entretienen, retrasando el momento de mi tortura y deshacen las trenzas que recogen sus cabellos. Libres y despeinados como cuando

EN EL CAMPO DE AZAT

Gianfranco Martana

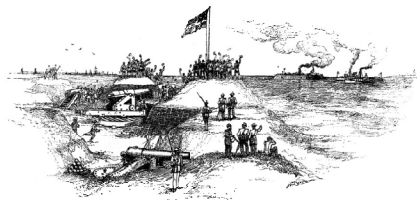
A mi vecino Azat le han plantado un misil en el campo. Se ha quedado ahí, bocabajo, medio dentro medio fuera. Parece un espantapájaros, con sus seis alitas como otros tantos brazos.



En la aldea nos quedamos todos asombrados, y al principio pensamos en una broma, en una réplica de cartón pintado hecha con maestría. Alguien dijo que había escuchado un silbido muy fuerte poco antes del hallazgo, pero no le hicimos caso, que por aquí tenemos pastores que lanzan unos silbidos que te cagas. Sin embargo, al asomarse el sol entre las nubes, el misil empezó a dar unos reflejos que solo el metal puede dar, y tan brillantes, que debía ser de un metal nunca visto por aquí.

No nos lo esperábamos, la verdad, porque no estamos en guerra con nadie, pero las noticias siempre nos llegan con días de retraso; por lo tanto, no podemos descartar que estemos en guerra y nadie nos haya avisado. Pronto lo descubriremos, pero, en la espera, decidimos que debía ser el misil defectuoso de una

guerra cercana, que se despistó por ser lanzado con un mortero igualmente defectuoso. Y eso porque más allá de la frontera son aún más pobres que nosotros, y no pueden permitirse armas certeras como los americanos.



Lo cierto es, que mientras el misil siga ahí, Azat no puede arar el campo para sembrar coles, porque igual la reja, surcando la tierra, genera una onda que llega al misil, le hace cosquillas en la nariz y le provoca un estornudo que se carga a Azat, al buey, al arado y quizá a las gallinas del corral del fondo.

De todas formas, no somos gente que vaya llorando por las esquinas;

de hecho, le pedimos a un mercader que se iba a la ciudad que avisara al gobernador para que nos enviara unos cuantos soldados, que bien saben cómo llevarse un misil sin provocar una desgracia. El proceso podría tardar semanas, no lo niego;

y Azat dice que, si no siembra ya, las coles no crecerán y su familia se morirá de hambre, y que ojalá el misil explotara y le reventara el campo,

ahorrándole la labor de arar.

Sin embargo, los hombres de la aldea decidimos que hay que hacer las cosas como dios manda y, en la espera de los soldados, empezamos a vigilar el misil: es que, claro, por los campos merodean zorros, liebres y vagabundos, y si se acercan demasiado pueden generar la ya dicha onda letal. De los niños, en cambio, no hay que preocuparse porque,

antes de aprender a correr, ya han entendido a golpes que los campos no se chafan; con o sin misiles.

Mira... Si no fuéramos pobres, podríamos construir un cercado con concertina y todo, pero, ¿quién se atrevería a percutir los palos con el mazo para clavarlos en la tierra? Así que hacemos turnos, poniéndonos al acecho con un viejo catalejo que se



ha quedado aquí desde la última guerra, cuando nuestros padres se lo requisaron al cadáver de un teniente enemigo. Si vemos algo que se acerca pegamos un grito, pero no demasiado fuerte, que nunca se

sabe. Hasta ahora ha funcionado. De día, al menos. De noche no podemos hacer nada, sino rezar hasta dormirnos. Eso también está funcionando, pero, claro, estamos todos con los nervios a flor de piel.

En mi turno ya tengo alucinaciones: a veces me parece que el misil haya crecido como una planta o que le haya brotado una alita nueva. Por si fuera poco, esta mañana casi me da un infarto. Tenía un ojo pegado al catalejo y, antes de darme cuenta, un cuervo aterriza justo en el culo del misil. Por instinto me agacho y me cubro la cabeza con los brazos para protegerme del estallido, pero no pasa nada. Cuando recojo el catalejo, con las manos aún temblando, el cuervo sigue ahí, limpiándose sus puñeteras plumas como si nada, e incluso llamando a los de su especie que revoloteaban por ahí. Entonces me echo a reír,

pero una de esas risas sinceras, que suben del estómago y te sacuden para sacarte todo el veneno. Río, porque cuando te escurres de un peligro mortal no hay nada mejor para hacer las paces con la vida. Río, en fin, al pensar que esa mierda de misil no sirve siquiera de espantapájaros.

GORGONA

Santiago Eximeno

Guardo la cabeza de la gorgona en el congelador, junto a las bolsas de guisantes y los táperes de pescado en salsa. La cabeza ha pasado de generación en generación y permanece en nuestra familia desde antes de que plantáramos nuestro árbol genealógico. Mi bisabuelo la ocultó durante años en la bodega, entre los barriles y las botellas de tempranillo. Mis abuelos optaron

por almacenarla en la alacena, en el interior de una caja de galletas, porque en el pueblo ya empezaban a murmurar. Todos hemos tenido siempre la precaución de mantenerla en un sitio fresco, como si tras miles de años viva y sonriente pudiera, yo qué sé, pudrirse sin más. Supersticiones, costumbres, supongo. La cabeza no venía con manual de instrucciones. Ni siquiera sé cómo llegó a nuestras manos.

La última vez que la cabeza vio la luz fue cosa de mis padres y yo no



era más que un bebé. Tenían algunas deudas de esas que no puedes pagar con dinero y en el pueblo las hablarías tampoco ayudaban. Los años de posguerra siempre conllevan tristeza. Y amenazas. Mis padres dedicaron varias noches a esconder las consecuencias. Pico, pala y paseo en coche a las tierras, perdidas en el monte, las que todos decían que no valían nada y mis padres nunca pisaban. Me lo contaron mis tíos muchos años después. Que si lo metieron en el maletero pero tuvieron que trocearlo primero, que si pesaba tanto que las ruedas se hundían en el camino, que si lo repartieron por todo el campo, un trozo aquí, otro allá, como si se tratara de un yacimiento arqueológico.

Mi madre falleció hace más de diez años. Nunca me dijo nada del tema. A mi padre lo enterramos ayer en el camposanto, junto a la pequeña igle-

sia; nada de cementerios modernos ni de llevarlo a la ciudad. Él me reveló dónde teníamos guardada la cabeza de la gorgona, él me previno para que nunca contemplara su rostro. Me puede la curiosidad, pero me vence el miedo. La cabeza permanece en el congelador del frigorífico del sótano. El frigorífico está lleno de latas de cerveza. Me dijeron en el funeral que tendría que vender la casa familiar. Y las tierras. Ese abogado joven, el mismo que me miraba las piernas, el mismo al que he invitado a cenar esta noche. Yo no soy de pico y pala. A mí lo que me apetece es una estatua de cuerpo entero en mitad del salón.



JULIA Y LOS AÑOS

Andrea Cernuda

Julia aparece a las siete y cuarto. Trae consigo decenas de recuerdos que se agolpan tras las puertas de cristal. Si durante el trayecto hacia aquí me preocupaba una posible reacción negativa de mi organismo al volver a verla, ahora mismo solo puedo actuar bajo los dictámenes de mi naturaleza más primitiva, que me hacen levantarme y correr a darle un abrazo. Me pide disculpas por la



tardanza y percibo que ha cambiado su tono de voz y que imposta un deje agudo y sibilante. Sin embargo, su

cuello sigue oliendo igual que siempre, a esa vainilla dulzona de los perfumes baratos que me transporta a la adolescencia de principios de milenio. Nos sentamos en una mesa de la terraza cubierta, bastante alejadas del resto de clientes. Ella decide tomarse una clara de cerveza y yo, que necesito desbloquear mis nervios de la forma más efectiva, una caña grande. El cuenco con aceitunas sigue virgen; ambas sabemos que a ninguna de las dos nos gustan, por algo hemos sido mejores amigas. ¿Qué pretendo exactamente? ¿Qué busco en ella? Y Julia, ¿qué trata *ella* de encontrar en mí? Aún no comprendo del todo qué me llevó a aceptar la cita cuando me lo propuso, teniendo en cuenta que, en todas las ocasiones en las que bien las circunstancias o bien mi nulo instinto de supervivencia me han llevado a su lado, he salido

malparada, braceando con desesperación para escapar de esos fangos que son las memorias compartidas. Y como de aquellos barro vienen estos lodos, ahora nos estamos rompiendo en carcajadas con una complicidad asquerosamente familiar, como si una década y ocho mil kilómetros no hubiesen sido algo tangible. Me resulta tan intrincado mantener el rencor y tan sencillo abandonarme en la comodidad de su nueva voz que opto por lo segundo. Julia, Julieta, Jota. Siento que mi cuerpo es una diana cuyas medidas tiene tan tomadas que siempre conseguiría acertar justo en el centro, incluso con los ojos vendados por todo un hemisferio. Julia, Julieta, Jota. Quizá yo fuese capaz de hacer lo mismo si me lo propusiera, pero ambas sabemos que ese movimiento no está contemplado en las reglas del juego, su juego. Por eso me sigue ne-

cesitando, me ha explicado la psicóloga. Porque no contraataco, porque tengo espíritu de presa fácil desde la guardería.

Pido una segunda cerveza y ella opta por un refresco. Se mofa de mi ímpetu por la bebida con esa sorna que antes me hacía sentir ridícula. Cuánto he apreciado en otro tiempo su amistad de juguete, que ha marcado toda mi existencia y cuya corrosión contemplo desde la lejanía abstracta de la edad adulta. Ahora puedes construir un refugio de Lego, le sugiero a mi versión más niña. Ahora sí puedes huir de ella; guarda las muñecas en tu mochila y sal corriendo del cuarto. Pero su

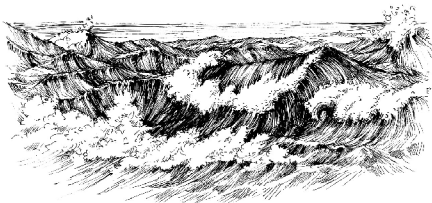


nuevo glosario de mujer, sus arrugas en lo alto de la frente y su jersey de estampado ingenuo son más poderosos que yo. Sé que no debo, sé con quién trato, sé, sé, sé. Pero... ¿y si sus intenciones han cambiado igual que su acento? Hay algo que me convencerá si me quedo más tiempo, seguro. Yo misma sería capaz de convencerme.

Pese a mi debilidad, en una media hora -lo mismo que tarda en subir el etanol a mi cerebro- llego a la conclusión de que en mi mente no hay disociación como en otras ocasiones, sino que me estoy divirtiendo mientras interpreto un papel de chica impasible, de ego superior y renovado, y constato que ella sigue frente a mí, que es de carne y hueso -aunque más de hueso- y que solo estamos en un bar cualquiera tomando

cerveza. Quizá, después de todo, la niña maquiavélica siempre haya sido yo, tal y como su madre solía asegurarle a la mía a la salida de la escuela. Me pregunto si en esta nueva visión tiene más peso la terapia, el alcohol o la vejez. Sea como fuere, es una verdadera delicia sentir que por un instante tomo las riendas, que he conseguido cerrar una etapa. ¿Será eso a lo que hemos venido inconscientemente, querida Julia? ¿A cerrar una fase?

Está oscureciendo. Le pagamos la consumición al camarero y nos quedamos en la terraza un rato más, manteniendo un silencio y una dis-



tancia casi prudentiales, contemplando las olas espumosas del Cantábrico a través de un ventanal empañado por el gradiente térmico. Ya no hay mucho más que expresar ni anécdotas de las que reírse, ya hemos encontrado el factor indefinible que buscábamos y disponemos de combustible para, como mínimo,

otra década de separación. Nuestro alrededor se ve deslucido por el efecto devastador del salitre. Decrépito y bello, como nuestros cuerpos adultos. Volteo la mirada y observo cómo Julia se aleja hacia la salida, cierra la puerta de cristal y desaparece sin mirar atrás.



EMPACHO DE REALIDAD

Miguel Ángel Molina

Tras varios días sin comer se sentó frente al escaparate del colmado e imaginó que se comía todo el género expuesto. Al acabar, empachado, vomitó.



EL EXTRAÑO PARTO DE LA SEÑORITA ISABEL

Pablo Ortiga

La señorita Isabel dio a luz tras seis meses de embarazo. Pensábamos que alumbraría un feto abortado, pero no fue así. De entre las piernas de la solterona, abriéndose paso a dentelladas, salió un hocico alargado con unos dientes menudos y punzantes. Se trataba de un hurón. Ante la sorpresa de todos, la señorita Isabel lo aceptó como si verdaderamente fuera su hijo. Desde entonces, lo proveyó de arrumacos y leche de sus senos, que se volvieron como manzanas rojizas. Lo vistió a la moda de los jóvenes barones europeos: jubón blanco de cuello alto, levita azul y sombrero de tres puntas con una larga pluma de faisán dorado. El hurón fue llamado Joaquín



de los Hijos Valiente, apellidos de la señorita y de su difunta madre. Siempre enérgico y entusiasmado con la vida de campo, rampaba a sus anchas por los árboles y nos traía a la casona ratones moribundos y pichones desplumados. Era difícil tratar con él, solo su madre sabía.

Nosotros debíamos llevar siempre las manos en la retaguardia, protegidas con guantes de cuero bruñido, pues el joven barón no podía reprimir su instinto y saltaba a morder los dedos en movimiento.

Al cumplir el año de edad, se fue con su tío el marqués de Pintasaguas y recibió una educación estrictamente militar. No sabemos si fue la renuncia al campo en pos del estatismo de la ciudad o el régimen riguroso al que le sometió su tío, pero el barón volvió muy apesadumbrado. Sus ojitos habían decaído y su morro se encontraba aplastado en una mueca de desprecio. El marqués de Pintasaguas le dijo a su hermana: «Me diste yo no sé si muchacho o alimaña asilvestrada, y te devuelvo a un Don, del apellido que vos gustéis, para hacerse cargo del título cuando faltéis». El pobre huroncito vagó entonces por la antigua casona como un alma

en pena, posándose sobre las vidrieras de cristales tintados y mirando hacia las moscas de su melancolía.

La señorita Isabel no aguantó mucho más. El parto y la crianza de aquel vástago la habían envejecido de manera inmisericorde. Y un día amaneció tiesa sobre el opulento lecho de



su alcoba. Joaquín de los Hijos Valiente quedó a cargo de la casona y los aldeaños. Fue un buen administrador de sus tierras, concienzudo y de temple recio, pero su alma poseía una flaqueza. El barón se ausentaba

numerosas noches a lo largo del mes. Al principio, pensamos que había regresado a su antigua vida, la de los brincoos y la caza, pues se le veía retornar en los amaneceres muy entusiasmado. Pero una trágica madrugada, antes de que despuntara el alba, el barón volvió envuelto en su levita, protegiéndose de un frío inexistente. A la mañana se le encontró muerto en el mismo cuarto que murió su madre. Cuatro perdigones le cruzaban el lomo, posiblemente de un cazador que lo había confundido con cualquier alimaña. Semanas más tarde, llegó a la casona una hurona tísica con una camada de diez huroncitos. Se la invitó a pasar y, en el recibidor, fueron dados sentencia la manceba y sus bastardos. A escobazos, nosotros mismos nos ocupamos. La propiedad pasó a manos del marqués de Pintasaguas.

Con gesto de fiera, como Dios lo trajo a la vida, fue disecado don Joaquín con sus ropajes de barón y puesto en la entrada de la antigua casona junto a sus trofeos de caza. Para así descansar por toda la eternidad como primer y último heredero de la casta De los Hijos Valiente.

¿FALTA MUCHO, PAPÁ?

Álvaro Abad

Cuando la rueda revienta, papá volantea haciendo el ganso, acelera bruscamente y el coche derrapa hasta quedar cómicamente atravesado en el carril contrario. En



el asiento de atrás, mis hermanitos y yo no podemos parar de reír. Papá siempre intenta poner una mueca de susto, pero se parte de risa cuando ve el tráiler acercándose a noventa por hora dando ráfagas. El pánico en la cara del camionero arranca la carcajada de mamá, que imita el sonido de la bocina poniendo esos morritos de pez que nos hacen desparramar una sonora risotada. Entonces, cuando tenemos el camión prácticamente encima, papá y mamá se besan, se giran hacia atrás y nos

miran aterrados, con ojos vidriosos. Ahora es cuando nos ponemos tristes. Los niños lloramos, nos cogemos las manitas y todos nos decimos adiós. Dentro de doce meses, como cada primero de agosto desde hace catorce años, nos encontraremos de nuevo aquí, a las 16:43, derrapando en el punto kilométrico 372,6 de la AP 47. Después de tantas veces ya lo llevamos mejor y hemos aprendido a reírnos. Aún así, el último segundo siempre se nos antoja interminable. Eterno.

— F I N I S —

